

A/N: Durante la Jornada Mundial de la Juventud en Polonia (2016), en una Misa concelebrada por cientos de sacerdotes, acabábamos de comulgar cuando vi a un sacerdote a mi lado usando el teléfono; me quedé atónito. Le dije: “¿Deberías estar usando el teléfono durante la Misa?”. Él respondió bruscamente: “Estoy enviando mensajes a mi grupo”. ¿Fue demasiado duro mi tono? ¿Era legítima su razón? Mientras nos quitábamos los ornamentos litúrgicos, lo busqué y le pedí disculpas; él también se disculpó, pero ambos seguíamos molestos. Una parte de mí no quería disculparse por temor a parecer un tonto al haber criticado a alguien con demasiada dureza; tampoco quería eximirlo de responsabilidad por haber hecho algo indebido. Sin embargo, tuve que hacerlo debido al mandato de Jesús.

S: Hoy presentamos la segunda entrega de nuestra serie de tres partes sobre el Internet. La semana pasada, Jesús nos ofreció una advertencia firme y amorosa sobre el uso que hacemos de nuestros dispositivos. Esta semana, a la luz de la enseñanza de Jesús sobre la necesidad del perdón, reflexionamos sobre cómo “las redes sociales nos condicionan a hacer justo lo contrario. Nos incitan a emitir juicios públicos precipitados, sin apenas tener en cuenta la humanidad de quienes criticamos, desconociendo el contexto en el que actuaron y sin reparar en que, a menudo, nosotros mismos hemos cometido aquello por lo que los estamos señalando públicamente” (Dr. Jonathan Haidt, *The Anxious Generation*, 210). En general, nuestro uso de internet fomenta la impulsividad, lo cual nos impide seguir las enseñanzas de Jesús que dan vida.

- «Entonces se acercó Pedro y dijo a Jesús: “Señor, ¿cuántas veces debo perdonar a mi hermano o hermana si peca contra mí? ¿Hasta siete veces?”. Jesús le respondió: “No siete veces, sino —te aseguro—

setenta y siete veces”» (Mateo 18:21-22). El número “siete” es importante porque, en hebreo, cuando alguien establece una alianza con otra persona, literalmente dice: “Me hago siete” (<https://biblehub.com/hebrew/7650.htm>). Es un símbolo de plenitud; por eso Dios culmina la creación en el séptimo día de la semana, el sábado. Aquí, san Pedro considera que perdonar a alguien siete veces es suficiente para alcanzar la plenitud, pero Jesús muestra que el perdón de Dios es infinito (“setenta y siete”). Entonces Jesús relata lo que hoy se conoce como la parábola del siervo despiadado (o malvado). Un siervo es llamado a comparecer ante el rey porque debe diez mil talentos; el talento era una unidad de peso que, según lo que se midiera, equivaldría hoy a una suma de entre cientos de millones y miles de millones de dólares. ¡Sorprendentemente, el señor le perdona la deuda! Sin embargo, este siervo se niega a perdonar a otro siervo que le debe el salario de cien días. El señor se entera de esta injusticia y lo castiga con tortura, una práctica común en las cárceles romanas. Jesús añade: “Así hará también mi Padre celestial con cada uno de ustedes, si no perdonan de corazón a su hermano o hermana” (18:35).

- Planteemos cuatro puntos: 1) Dios Padre no quiere que vayamos al infierno porque nos ama; envió a su Hijo a morir por nosotros: así de grande es su deseo de que no nos perdamos. Él ha hecho todo lo posible para evitarlo; 2) La falta de perdón es una especie de infierno. El dolor que otros nos causaron en el pasado ya pasó, pero a menudo (y a veces sin quererlo) ¡seguimos reviviéndolo en el plano emocional! Por eso necesitamos sanación, pero otra parte necesaria es el perdón: es el único acto que nos liberará, y es algo que debemos elegir; 3) La falta de

perdón no puede existir en el cielo. Si morimos en amistad con Dios, debemos estar tan llenos de amor que seamos capaces de abrazar a todas las personas en el cielo, incluidas aquellas que nos hicieron daño;

4) Perdonar grandes ofensas es imposible para nosotros, pero no para Jesús; por tanto, si respondemos, el Espíritu Santo nos da la fuerza y el amor para perdonar.

La cultura de internet obstaculiza la recepción del Espíritu Santo al volvernos impulsivos. Muchos hemos oído hablar de la «cultura de la indignación», en la que las personas reaccionan de manera desproporcionada ante algo indebido, sin reflexionar y sin intentar mejorar la situación. Por ejemplo, el presidente Trump comete muchas acciones inmorales, pero también es incorrecto odiarlo o llamarlo “Hitler”. Debemos señalar las acciones inmorales que realiza, pero sin caer nosotros mismos en el pecado. La cultura de la indignación engaña a los cristianos haciéndoles creer que actúan con rectitud al criticarlo, mientras no muestran una indignación mayor ante los 100.000 abortos anuales en Canadá, la eutanasia de decenas de miles de personas y la fecundación in vitro, que deriva en miles de bebés congelados o fallecidos.

- La semana pasada mencionamos el libro, *The Shallows: What the Internet is Doing to Our Brains*, finalista del premio Pulitzer. El autor cita a Sean Parker, el primer presidente de Facebook, quien admitió abiertamente que “las redes sociales... fueron diseñadas desde el principio para explotar ‘una vulnerabilidad de la psicología humana’”. Él y Mark Zuckerberg... ‘estaban plenamente conscientes de ello y, aun así, lo hicieron’” (234). Recuerdo que el padre Pierre, quien vivió aquí

hace seis años, comentó que ¡me llevaba la computadora al baño! Veía videos y escuchaba podcasts todo el tiempo, sin darle nunca un descanso a mi cerebro. Ahora que he confesado algo un tanto vergonzoso, ¿qué hay de ustedes? ¿Alguna vez han usado el teléfono de maneras poco saludables o incluso pecaminosas?

En 2017, un estudio sometió a 500 personas a una prueba: un grupo mantenía sus teléfonos boca abajo, mientras que el otro los dejaba en otra habitación. ¿Quiénes obtuvieron mejores resultados? “A medida que aumentaba la proximidad del teléfono, disminuía la capacidad cerebral... Cuanto más dependían los estudiantes de sus teléfonos en su vida cotidiana, mayor era el perjuicio cognitivo que sufrían” (230). Otro estudio organizó a 142 personas en parejas y se les pidió que conversaran, manteniendo, la mitad de las personas, un teléfono en la habitación . Posteriormente, se descubrió que “la mera presencia de... teléfonos... disminuía ‘el grado en que los individuos sentían empatía y comprensión por parte de sus compañeros’” (231). Por último, un director universitario afirma que, según sus experimentos, “cuanto más nos distraemos, menos capaces somos de experimentar las... formas de empatía y compasión más distintivamente humanas... ‘Para ciertos tipos de pensamiento, especialmente la toma de decisiones morales... necesitamos permitirnos el tiempo y la reflexión adecuados...’ A medida que la Red... merma nuestra capacidad de contemplación, altera tanto la profundidad de nuestras emociones como la de nuestros pensamientos” (221).

La impulsividad nos impide seguir las enseñanzas de Jesús —incluyendo su mandato de ofrecer perdón a todos—, lo cual da vida.

- Hace unas semanas, el youtuber de 26 años Joe Schmid, estudiante de

doctorado en Princeton, contó cómo regresó al catolicismo desde el agnosticismo. Todo comenzó por la razón, con argumentos a favor de la existencia de Dios (<https://www.youtube.com/watch?v=26kBvcHS5rs>), y siguió por el corazón. Un amigo le habló de la historia de santa María Goretti (https://it.wikipedia.org/wiki/Maria_Goretti#/media/File:Photograph_of_Saint_Maria_Goretti_1902.jpg), quien, a los once años, fue atacada por Alessandro, un joven de 18 años cuya familia (https://it.wikipedia.org/wiki/Maria_Goretti#/media/File:Cascina_Antica.jpg) compartía el granero con la de María. Él la había acosado sexualmente durante tres años e intentado agredirla en dos ocasiones (más tarde admitiría haber sido influenciado por la pornografía y los medios de comunicación (https://it.wikipedia.org/wiki/Alessandro_Serenelli#cite_note-32)). En esta tercera ocasión, se acercó a ella con un cuchillo y, cuando ella dijo: “¡No! ¡No lo haré! Es pecado. Dios lo prohíbe. Irás al infierno, Alessandro. ¡Irás al infierno si lo haces!”, él la apuñaló y la dejó morir. Tras un día de agonía, sus últimas palabras fueron: “Por amor a Jesús, lo perdono y quiero que esté conmigo en el cielo” (Dr. Dawn Eden, *My Peace I Give You*, 95-102). Ocho años después, mientras estaba en prisión, soñó con María, quien le entregó 14 lirios —uno por cada puñalada— como símbolo de su perdón. Al ser liberado tras 30 años, (<https://cdn.shopify.com/s/files/1/0921/7494/2517/files/Assunta-Goretti-and-Alessandro-Serenelli.png?v=1749163912>) acudió a la madre de María para pedirle perdón (<https://www.catholiccompany.com/blogs/magazine/st-maria-goretti-alessandro-serenelli-6088>) y pasó el resto de su vida en un monasterio, haciendo penitencia por sus pecados. Cuando Joe Schmid escuchó esto, dijo (<https://www.youtube.com/watch?v=cpQlrPyLVfE> 1:30:16) «Quiero lo mismo que ella está tomando... ¡Esto es! ¡Esto es lo bueno!». Necesitamos tiempo para

dejar que estas realidades calen en nuestra mente y en nuestro corazón.

A: Apliquemos esto de forma sencilla a la Misa. Si usamos nuestros teléfonos para seguir las lecturas o para prepararnos para la Misa, está bien. Sin embargo, considero que es un pecado venial de falta de respeto consultar las redes sociales o enviar mensajes de texto durante la Misa o dentro de la iglesia, a menos que exista una razón de peso. Comprendo que esto ocurra si quien nos visita no es seguidor de Jesús, pero no es correcto para quien le ama.

- La semana pasada hablamos sobre cómo nosotros, los adultos, debemos dar un mejor ejemplo a los jóvenes, y este sábado tendremos nuestra primera jornada de confesiones en familia. Recuerden que, cuando una familia acude a confesarse, primero lo hace el padre —quien ejerce el liderazgo espiritual— y luego la madre.
- Por último, el jueves comienza Alpha: una oportunidad ideal para que cualquier persona que esté explorando la fe aprenda más sobre Jesús y la fe cristiana. Por favor, invita a conocidos a probarlo; no hay ningún compromiso.

V: En la Jornada Mundial de la Juventud, le dije a nuestro grupo: “Mucha gente tomará fotos del Papa durante la Misa, pero aquí nadie tiene permiso para hacerlo. Una vez que comience la Misa, nada de teléfonos”. Debemos ir en contra de nuestros deseos impulsivos —como el de fotografiarlo todo— para poder escuchar a Jesús y sus enseñanzas.